

23 de agosto

(En América Latina: 25 de agosto)

**SAN FELIPE BENICIO SACERDOTE, O.S.M.
INSIGNE PROP AGADOR DE NUESTRA ORDEN**

Fiesta

Felipe nació en Florencia a principios del siglo XIII. Ingresó en la Orden de los Siervos como hermano lego y, poco después, al descubrirse su sabiduría, fue ordenado sacerdote. En 1267 fue elegido Prior general, y ocupó ese cargo casi hasta la muerte. Gobernó la Orden con suma prudencia, la fortaleció con sabias leyes, y ante el inminente peligro de su extinción, la defendió con santa tenacidad. Ilustró a la Orden de los Siervos de María con la fama de sus virtudes y recibió en ella a muchos frailes que, como él destacaron por una vida evangélica y de fiel servicio a nuestra Señora. Con razón se le considera "Padre de la Orden". Murió en Todi el año 1285. El papa Clemente X lo canonizó en el 1671.



Invitorio

Ant. Vengan, adoremos al Señor,
que llamo a san Felipe al servicio de la Virgen.

El salmo invitorio como en el Ordinario.

Oficio de lectura

HIMNO

¿Como narrar, san Felipe,
tu vida y tus milagros?
Hoy los Siervos de María
te ofrecen devotos cantos.

La medicina es tu sueño
y te empeñas estudiando,
deseas sanar enfermos
cual médico destacado.

Al soplo del Espíritu
vas en tu barca bogando,
y en la iglesia de los Siervos
hallas el puerto anhelado.

En clara y serena visión,
como en estupendo cuadro,
la Virgen se te aparece
en un majestuoso carro.

«Súbete», una voz te dice,
mientras miras extasiado:
luego caes en la cuenta
que la Orden es aquel carro.

Por sencillez resplandeces
y eliges ser solo hermano:
ahora reinas con Cristo
porque te has humillado.

Alabemos a Dios Padre,
ya su enviado, Jesucristo,
y al Espíritu Paráclito,
por los siglos de los siglos. Amén.

SALMODIA

Las antífonas se toman, a elección, de una de las tres series (A, B, C); los salmos del Común de pastores, o del Común de santos y beatos O.S.M.

Serie A

Ant. 1 El que se enaltece será humillado,
y el que se humilla será ensalzado.

Ant. 2 No está el discípulo por encima del maestro,
ni el siervo por encima del amo.

Ant. 3 El que quiera ser el primero entre ustedes
será el servidor de ustedes

Serie B

Ant. 1 Mejor es la sabiduría que las piedras preciosas,
ninguna joya se le puede comparar.

Ant. 2 La ciencia del sabio brotará como un manantial,
y su consejo será fuente de vida.

Ant. 3 El Señor estaba con él
y tuvo éxito en todas sus empresas.

Serie C

Ant.1 Nadie enciende una lámpara
y la pone en sitio oculto,
sino sobre el candelero.

Ant. 2 Brille así su luz ante los hombres,
para que glorifiquen al Padre celestial de ustedes.

Ant. 3 Él era la lámpara que arde y alumbra.

R/. Enséname a cumplir tu voluntad.

V/. Y a guardarla de todo corazón.

PRIMERA LECTURA

De la primera carta del apóstol san Juan

3,1-3.13-24

Debemos dar la vida por los hermanos

Queridos hijos: Miren cuánto amor nos ha tenido el Padre, pues no sólo nos llamamos hijos de Dios, sino que lo somos. Si el mundo no nos reconoce, es porque tampoco lo ha reconocido a él. Hermanos míos, ahora somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado cómo seremos al fin. Y ya sabemos que, cuando él se manifieste, vamos a ser semejantes a él, porque lo veremos tal cual es. Todo el que tenga puesta en Dios esta esperanza, se purifica a sí mismo para ser tan puro como él. [...]

No se sorprendan, hermanos, de que el mundo los odie. Nosotros estamos seguros de haber pasado de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte. El que odia a su hermano es un homicida y ben saben ustedes que ningún homicida tiene la vida eterna. Conocemos lo que es el amor, en que Cristo dio su vida por nosotros. Así también debemos nosotros dar la vida por nuestros hermanos. Si alguno teniendo con qué vivir, ve a su hermano pasar necesidad, y sin embargo, no lo ayuda, ¿cómo habitará el amor de Dios en él?

Hijos míos, no amemos solamente de palabra, amemos de verdad y con las obras. En esto conoceremos que somos de la verdad, y delante de Dios tranquilizaremos nuestra conciencia de cualquier cosa que ella nos reprochare, porque Dios es más grande que nuestra conciencia y todo lo conoce. Si nuestra conciencia no nos remuerde, entonces, hermanos míos, nuestra confianza en Dios es total.

Puesto que cumplimos con los mandamientos de Dios y hacemos lo que le agrada, ciertamente obtendremos de él todo lo que le pidamos. Ahora bien, éste es su mandamiento: que creamos en la persona de Jesucristo, su Hijo, y nos amemos los unos a los otros, conforme al precepto que nos dio. Quien cumple sus mandamientos permanece en Dios y Dios en él. En esto conocemos, por el Espíritu que él nos ha dado, que él permanece en nosotros.

RESPONSORIO

1Jn 3,16.14

R/. En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros. * También nosotros debemos dar la vida por los hermanos.

V/. Nosotros hemos pasado de la muerte a la vida: lo sabemos porque amamos a los hermanos.

R/. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos.

SEGUNDA LECTURA

Exhortación a la paz de un autor italiano del siglo quinto

(Nn. 1-5: CCL 24, pp- 293-296)

La paz entre los hermanos es voluntad de Dios

Amadísimos hermanos: *Bienaventurados los que trabajan por la paz, dice el evangelista, porque ellos serán llamados hijos de Dios* (Mt 5, 9). En quien tiene la virtud de la paz todas las demás virtudes cristianas adquieren vigor y unidad, y solo el que trabaja por la paz puede ganarse el título de hijo de Dios.

La paz, amadísimos, es la que libera al hombre de la esclavitud, la que le confiere una peculiar nobleza, la que muda ante Dios su condición: de siervo lo convierte en hijo, de esclavo en libre.

Que los hermanos vivan en paz es voluntad de Dios, gozo de Cristo, perfección de la santidad, regla de la justicia, maestra de la doctrina, custodia de la moralidad y norma que todo lo regula.

La paz es el aval de la oración, la manera fácil y eficaz de alcanzar lo que pedimos a Dios; la que responde plenamente a todos nuestros deseos.

La paz es madre del amar, vínculo de la concordia y claro indicio de una mente pura; la paz obtiene de Dios todo lo que quiere, porque sus peticiones son siempre escuchadas por él.

Se ha de conservar paz conforme al precepto regio, que el mismo Señor Jesucristo nos enseñó: *La paz os dejo, mi paz os doy* (Jn 14,27). El discípulo de Cristo ha de observar sus preceptos, ya que no puede llamarse discípulo suyo si no cumple sus mandamientos. Guardar el mandamiento equivale a velar por el mantenimiento de la paz.

La paz os dejo, mi paz os doy (Jn 14,27). Es como si dijera: «Os he dejado la paz, en la paz quiero encontraros». Cristo, en la hora de su partida, quiso darnos el don que desea hallar en todos cuándo vuelva. Es un mandato celestial conservar lo que nos dejó. Recordemos el deseo divino: «Quiero encontrar intacta la paz que os he dado». Plantar la paz es obra de Dios; arrancarla, del enemigo. En efecto, como el amor fraternal proviene de Dios, así el odio procede del diablo. Razón por la cual hay que desterrar el odio de nuestras vidas, ya que esta escrito: *El que odia a su hermano es un homicida* (1 Jn 3,15).

Así pues, amadísimos, reprimamos la ira, pues hay que amar la paz y buscar la concordia. Efectivamente, estas son las virtudes que engendran y nutren a la caridad. Sabemos, según el apóstol, que el amor viene de Dios (1 Jn 4, 7): por lo tanto, el que no tiene amor esta privado de Dios.

La paz entre los fieles, amadísimos, es la gloria del sacerdote; y la perfecta caridad entre los hijos es la alegría del padre. [...]

Guardemos, pues, hermanos, estos mandamientos de vida; que vuestra fraternidad se mantenga estrechamente ceñida por los lazos de una honda paz y de un amor recíproco, *pues el amor cubre una multitud de pecados* (1 P 4, 8). Por consiguiente, procuremos con todo ahincó poner en práctica la virtud de la caridad, pues ella trae consigo todo bien y toda recompensa. Hay que buscar con todas nuestras fuerzas la salvaguardia de la paz, ya que Dios esta siempre en la paz.

El enemigo, el maligno, no debe encontrar en nosotros ningún lugar por el cual pueda introducirse furtivamente y sembrar la cizaña en medio del trigo, frustrando así la esperanza de una buena cosecha, fruto de un largo y paciente trabajo; ni debemos permitir que adultere el buen vino añejo con el agua de la perfidia u otra mezcla cualquiera, ni que eche en la dulce miel un veneno más amargo que la hiel.

Fuera rivalidades, fuera pleitos, fuera insultos. La lengua murmuradora e hipócrita es una trampa mortal, que si no se frena, se convierte en motivo de condenación. Amad la paz y todo estará en orden; para que así obtengáis para nosotros el premio y para vosotros la felicidad, y para que la Iglesia de Dios, cimentada en la paz, encuentre en Cristo la perfecta concordia.

RESPONSORIO

Cf. 2Co 13, 11; Flp 4,8-9

R/. Hermanos, alégrense, trabajen por su perfección, aliéntense unos a otros, tengan un mismo sentir y vivan en la paz; * Y el Dios del amor y de la paz estará con ustedes.

V/. Todo lo que es verdadero, justo, amable, todo eso ténganlo por propio.

R/. Y el Dios del amor y de la paz estará con ustedes.

O bien:

De la «Leyenda de san Felipe»

(Nn. 7-12.15.19.23 passim: Monumenta OSM, II, pp. 70-79)

El Señor miró la humildad de su Siervo

Un día, al llegar la hora del almuerzo, san Felipe se sentó a la mesa con los Siervos de santa María. Al terminar, los frailes, de común acuerdo, lo recibieron como hermano y compañero. Era el año del Señor de 1259. Pasó a formar parte de los hermanos legos, cubriéndose con el escudo de una inmensa humildad y obediencia, con el que atajaba los dardos del maligno. [...]

Plugo al Altísimo dirigirle su mirada y manifestar a los frailes la sabiduría de tan insigne varón que habría de hacer célebre a toda la Orden. Y así aconteció que, por saludable obediencia, se puso un día en camino hacia Siena, en compañía de un fraile de nombre Víctor. Por el camino les salieron al encuentro dos religiosos de la Orden de Predicadores, que venían de Alemania, los cuales se sorprendieron al ver estos frailes con un habito desconocido para ellos. Movidos por la curiosidad, comenzaron a dialogar con san Felipe, preguntándole sobre su estilo de vida y sobre la Orden cuyo hábito vestían. El hombre de Dios con toda humildad y profunda sabiduría les respondió de esta manera: «Si nos preguntáis por nuestro origen, somos nativos de esta ciudad; si queréis saber cuál es nuestro género de vida, nos llamamos Siervos de la Virgen gloriosa, de cuya viudez llevamos el habito; nos esforzamos en imitar la vida de los santos Apóstoles según la regla de san Agustín». Y continuando la conversación, pasaron a tratar temas difíciles. El Santo a todo les respondía con aplomo, demostrando la verdadera fe y apoyando sus afirmaciones con citas de diversos autores y con ejemplos de santos. Después de esto, cada cual siguió su camino.

El compañero de san Felipe le dijo: «Hermano, ¿por qué cuándo fuiste recibido en la Orden no dijiste que poseías esos conocimientos, cuándo tanta necesidad tenemos de hombres instruidos? [...] En verdad te digo: Hoy ha resplandecido entre nosotros la luz de la ciencia». Entonces san Felipe le suplicó de rodillas que, por amor de Dios, no dijera a nadie lo ocurrido. Al regresar ambos a Florencia, el compañero de san Felipe comenzó enseguida a hablar y manifestó a los demás frailes como san Felipe se había comportado con aquellos forasteros. Al enterarse de esto, todos los frailes se llenaron de alegría, e hicieron clérigo a san Felipe, y poco a poco lo fueron promoviendo a las órdenes sagradas.

Llegó el día en que murió el prior fray Bonfilio. Después, al reunirse los frailes en la ciudad de Florencia para el Capítulo del año del Señor de 1266, en aquel mismo año fray Maneto de Florencia, general de la Orden, renunció al cargo. [...] Todos los frailes del Capítulo, inspirados por el Espíritu Santo, eligieron unánimemente a san Felipe, el cual se hallaba entonces en el convento de Cesena. Él, humilde y sencillo como era, no quería asumir el cargo, pero luego, a su pesar, lo aceptó con gran humildad.[...]

Se lee de él que ocupó dicho puesto durante dieciocho años. Cada año, en el Capítulo, suplicaba con lágrimas a los frailes que lo exoneraran del cargo, aduciendo humildemente que era incapaz de desempeñarlo. Pero los frailes, que conocían su santidad y miraban por el bien de la Orden, nunca accedieron a su petición; por esta causa lloraba a solas durante varios días y se afligía porque no podía cumplirse su deseo. Viendo que por este camino no podía obtener ningún resultado, pues los frailes nunca aceptarían su renuncia, en cierta ocasión, mientras se hallaba en Roma con algunos frailes para arreglar algunos asuntos de la Orden, concibió la idea de obtener del Papa lo que no podía lograr de los frailes. [...]

Pero fray Lotarino de Florencia, hombre prudente y discreto, que desde tiempo atrás conocía sus intenciones, sospecho lo que san Felipe se traía entre manos, aunque no estaba seguro de qué cosa se trataba. [...] Por eso fray Lotarino, cuando se dirigían al palacio pontificio, temiendo lo dicho, preguntó a san Felipe cual era el motivo de la entrevista con el Papa, asegurándole que no daría un paso más si no le decía la verdad. El Santo, que no podía encubrir ni alterar la verdad, le reveló su propósito y le suplicó con gran insistencia que lo ayudara a lograr su cometido. Oído esto, fray Lotarino, con gran ansiedad, le rogó que desistiera, pues ello redundaría en daño de la Orden y era contrario a la voluntad de todos los frailes. [...]

Una vez, mientras san Felipe iba de camino para hacer una visita a la Orden, al pasar cerca de la localidad de Gagliano, encontró a un leproso que yacía junto al camino, el cual le pidió limosna. San Felipe le dio su túnica; una vez que el leproso se la puso, al instante quedó curado y corriendo detrás de él le gritaba: «Oh santo varón, dignate esperarme para que te dé las gracias». Cuando san Felipe lo vio, le dijo: «Da gloria a Dios Padre y vete en paz; pero guárdate de no decirlo a nadie».[...]

Cuando se acercaba el tiempo en que san Felipe tenía que ir a gozar de la gloria celestial en compañía de los bienaventurados - y de ello fue advertido por Dios - inmediatamente se dirigió a Todí, en donde había un convento de los Siervos de reciente fundación: el más pobre y humilde de toda la Orden. [...] En el mes de agosto, transcurrido el día de la Asunción de nuestra Señora, el Señor quiso que su Siervo fuera llevado al cielo por manos de sus ángeles. El día de la octava de dicha fiesta, que caía en domingo, el siervo de Dios, mientras los frailes oraban, voló al cielo. Era el año del Señor de 1285.

RESPONSORIO

cf. *Prov 11, 2b; Sant 4, 6; Sir 35, 21*

R/. La sabiduría acompaña a los humildes; * Pues Dios resiste a los soberbios, pero da su gracia a los humildes.

V/. La oración de los humildes atraviesa las nubes, y no descansa hasta alcanzar a Dios.

R/. Pues Dios resiste a los soberbios, pero da su gracia a los humildes.

O bien:

Una luz sobre el candelero de la Orden

Lo que sabemos de san Felipe Benicio lo debemos en gran parte a la *Leyenda sobre el origen de la Orden* y a la *Leyenda de san Felipe*, ambas escritos poco después del año 1317. Los historiadores de la Orden, aunque reconocen que en ellas figuran algunas “floreillas” del género hagiográfico, con todo otorgan a los dos escritos una especial autoridad, ya que nos transmiten el testimonio ocular de los contemporáneos del Santo.

Felipe, de la familia de los Benizi, nació en Florencia a principios del siglo XIII, casi en el mismo tiempo en el que nacía la Orden de los Siervos de María. En su juventud se dedicó al estudio de la medicina y a la vez de las ciencias sagradas. Tanto ardía de amor a Dios que guardaba con esmero sus mandamientos, dominaba las pasiones, socorría a los pobres y se entregaba a la oración, principalmente a la recitación diaria del Oficio de la santísima Virgen. Hastiado de los goces de este mundo y con el vivo deseo de servir a Dios, el jueves de la octava de Pascua, mientras se hallaba en la iglesia de los Siervos de Florencia, oyó aquellas palabras de los Hechos de los Apóstoles que se leían en la liturgia del día: *El Espíritu dijo a Felipe: “Adelántate y únete a esa carroza”* (Hch 8, 29). Considerando que estas palabras iban dirigidas a él, determinó subirse a la carroza de la gloriosa Virgen ingresando en la Orden de sus Siervos, y obtuvo de fray Bonfilio, prior del convento de Florencia, ser admitido como fraile lego, a causa de su humildad. Pero quiso el Altísimo que, al ser descubierta su preparación cultural, recibiera, por obediencia, la ordenación sacerdotal.

El año 1267, estando reunido el capítulo en Florencia, fray Maneto renunció al cargo de Prior general, y en su lugar fue elegido san Felipe. Aunque el Santo se resistía a continuar, fue

confirmado en el generalato a lo largo de dieciocho años, casi hasta su muerte. Como buen pastor y fiel siervo de María, gobernó sabiamente a la Orden de nuestra Señora y la hizo célebre con la fama de su santidad. Visitó con solicitud paternal los conventos de la Orden a pesar de que debía emprender penosos viajes. Estando en Arezzo, ciudad devastada por la guerra y la carestía, invocó a la santísima Virgen, Madre de sus Siervos, a favor de los frailes de aquel convento que se encontraban en necesidad; inopinadamente, en la puerta del convento fue hallada un cesto de pan con el que san Felipe abasteció a sus hermanos. Compiló, completó y promulgó las Constituciones emanadas por los capítulos anteriores. Cuando la Orden estaba destinada a la extinción por un decreto del segundo Concilio de Lion, san Felipe, con la asesoría de expertos y la colaboración de fray Lotarino, defendió ante la Curia romana, con habilidad, la supervivencia de la Orden, y preparó el camino para su aprobación definitiva. Por todos estos motivos san Felipe es considerado con toda razón “Padre de la Orden.”

Como buen imitador de los Apóstoles, trabajo con afán en la difusión de la palabra de Dios y en apaciguar las discordias civiles; logró que muchos pasaran del apego al mundo a una sincera vida cristiana, y a no pocos los levantó consigo hasta las cimas de la santidad. Curó a un leproso por el simple hecho de cubrirlo con su capa: por eso algunos cardenales, estando vacante la Sede Apostólica, impresionados por tal prodigio, lo señalaron como candidato al sumo pontificado. En la ciudad de Todi, el Santo logró con paternales amonestaciones y socorriéndolas con una suma de dinero, que dos prostitutas se abstuvieran, por amor de la Virgen Madre, de seguir pecando; después de que, contra toda esperanza, el Espíritu Santo las convirtiera, él las guió por el camino de la santidad.

En Todi, el año 1285, el día de la octava de la Asunción, habiendo recibido los santos sacramentos y confortado con la llegada del beato Ubaldo de Borgo Sansepolcro, después de exhortar a los frailes a la caridad, san Felipe murió abrazando el crucifijo, el libro viviente, del cual había aprendido el camino de la santidad. Su cuerpo, después de varios traslados, se venera actualmente en la iglesia de santa María de las Gracias de Todi. Fue canonizado por el papa Clemente X en el años 1671.

RESPONSORIO

Is 41, 9; ISm 3, 9

R/. Te llamé y te dije: * «Tu eres mi siervo, te he escogido y no te he rechazado».

V/. Habla, Señor, que tu siervo te escucha.

R/. «Tu eres mi siervo, te he escogido y no te he rechazado».

HIMNO Te Deum.

La oración conclusiva como en Laudes.

Laudes

HIMNO

Cual escondido sol a media noche,
la luz ocultas de tu ciencia excelsa:
tu candelero es la Orden, y en él brillas,
padre y profeta.

Sanas los hondos surcos de la lepra,
y, por María, vuelves al sendero

a dos mujeres que por pan y ropa
venden el cuerpo.

Siembras la paz, cosechas conversiones,
forjas arados triturando espadas
y con el fuego del amor doblegas
hierro y lanzas.

Tu muerte es sello y suma de tu vida:
humilde mueres, pobre y escondido.
Ahora brillas cual lucero eterno,
siervo de Cristo.

Gloria a Dios Padre, creador del mundo,
y a Jesucristo, su unigénito Hijo,
y al Santo Espíritu, abogado nuestro,
hoy y por los siglos. Amén.

SALMODIA

Ant. 1 Como estrella luciente entre nubes,
así brilló san Felipe en su tiempo.

Los salmos y el cántico, del domingo de la semana I.

Ant. 2 Como sol refulgente resplandeció san Felipe
en la familia de los Siervos.

Ant. 3 Alrededor de san Felipe,
la guirnalda de sus hermanos:
como brotes de la Virgen en la viña del Señor.

LECTURA BREVE

2Co 4, 5-6

Hermanos no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo, el Señor, y nos presentamos como servidores de ustedes, por Jesús. Pues el mismo Dios que dijo: “Brille la luz en medio de la tinieblas”, es el que ha hecho brillar su luz en nuestros corazones, para da a conocer el resplandor de la gloria de Dios, que se manifiesta en el rostro de Cristo

RESPONSORIO BREVE

cf. Ef 5, 8-9; ITes 5, 5

R/. Caminen como hijos de la luz: * Toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz.

Caminen como hijos de la luz: toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz.

V/. Todos ustedes son hijos de la luz e hijos del día: * Toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Caminen como hijos de la luz: toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz.

Benedictus, ant.

San Felipe Benicio, siervo de la Madre de Dios,

servió al Señor y a sus hermanos
con santidad y justicia
todos los días de su vida.

PRECES

Demos gracias al Señor, quien hace resplandecer la familia de los Siervos como un campo fecundo en donde una multitud de hermanos y hermanas, unidos a Cristo, dan mucho fruto; y supliquémosle diciendo:

Que nuestro corazón, Señor, reciba la semilla de tu Palabra.

Señor, tu Hijo, por amor se hizo pobre y siervo de los humildes y pequeños,

- enséñanos a servir a nuestros hermanos y hermanas con humildad y caridad, sin apegarnos a las riquezas de este mundo.

Señor, tu que confías a los que presiden nuestras comunidades el servicio pastoral de los hermanos,

- haz que sepan discernir y promover los carismas de cada hermano y hermana para provecho de la comunidad y de la Iglesia.

Señor, tu que en la vida de san Felipe repetiste el milagro de la multiplicación de los panes,

- haz que compartamos con los pobres nuestros alimentos y los ayudemos a librarse de toda esclavitud.

Señor, tu que con los dones de tu bondad llenas de alegría a todas las criaturas,

- derrama abundantes bendiciones sobre la familia de los Siervos, que se esfuerza en conocer y cumplir tu voluntad.

Se pueden añadir algunas intenciones libres.

[Según las palabras del Señor, la oración de los humildes sube hasta su presencia; por eso acudamos a Dios Padre con la oración que nos enseñó Jesús, maestro de humilde corazón:]

Padre nuestro.

ORACIÓN

Dios nuestro, grandeza de los humildes, que por medio de san Felipe protegiste amorosamente a la Orden de los Siervos de María, la propagaste y le diste estabilidad con santas reglas, concédenos que, a imitación de tan insigne Padre, sirvamos fielmente a la Virgen santísima y difundamos con ardor apostólico el Reino de Cristo. Que vive y reina contigo.

Hora intermedia

Las antífonas y los salmos se toman del día correspondiente.

Tercia

LECTURA BREVE

2Co 5, 18b. 20

Hermanos: Dios nos confirió el ministerio de la reconciliación. Por eso, nosotros somos embajadores de Cristo, y por nuestro medio, es Dios mismo el que los exhorta a ustedes. En nombre de Cristo les pedimos que se reconcilien con Dios.

V/. Sean bondadosos y compasivos unos con otros.

R/. Y perdónense mutuamente como Dios los ha perdonado en Cristo.

Sexta

LECTURA BREVE

1Co 2, 12-13

Hermanos: nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que procede de Dios para que conozcamos la gracia que Dios, nos ha otorgado. De estas gracias hablamos, no con palabras aprendidas de la sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu y con las cuales expresamos realidades espirituales en términos espirituales.

V/. Mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana.

R/. Sino con la manifestación y el poder del Espíritu.

Nona

LECTURA BREVE

Sant 3, 17-18

Hermanos los que tienen la sabiduría que viene de Dios son puros, ante todo. Además, son amantes de la paz, comprensivos, dóciles, están llenos de misericordia y buenos frutos, son imparciales y sinceros. Los pacíficos siembran la paz y cosechan frutos de justicia

V/. No se jacten ni mientan contra la verdad.

R/. Manifestando la verdad, nos recomendamos a nosotros mismos.

La oración conclusiva como en Laudes.

Vísperas

HIMNO

Enséñanos la virtud del servicio,
- que en tu solar creció como palmera -,
porque solo servir fue tu ejercicio
con fraterno amor y humildad sincera,

como la cera del cirio encendido
en humilde servicio consumida,
para gritar rojo calor florido
y cantar dará luz amanecida.

San Felipe, tu viaje ha terminado,
con María llegas a feliz puerto:

cielo toca quien por ella es guiado
por los senderos de este mundo incierto.

Alabemos a Dios Trino: al Padre,
y al Hijo, y al Espíritu, por Benicio
que brilla cual modelo de servicio al hermano,
al hombre, a la Virgen Madre.
Amén.

SALMODIA

Ant. 1 Sean imitadores míos, como yo lo soy de Cristo.

Los salmos y el cántico del Común de pastores, o del Común de santos y beatos O.S.M.

Ant.2 Nos dejó un ejemplo de caridad fraternal,
para que sigamos sus huellas.

Ant. 3 Les he dado el ejemplo,
para que hagan lo mismo entre ustedes.

LECTURA BREVE

Flp 4, 4-7

Alégrense siempre en el Señor; se lo repito: ¡alégrense! Que la benevolencia de ustedes sea conocida por todos. El señor está cerca. No se inquieten por nada; más bien presenten en toda ocasión sus peticiones a Dios en la oración y la súplica, llenos de gratitud. Y que la paz de Dios, que sobrepasa toda inteligencia, custodie sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús.

RESPONSORIO BREVE

cf. Ef 4, 1-3

R/. Mantengan la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz, * Como pide la vocación.

Mantengan la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz, como pide la vocación.

V/. Sobrellevaos mutuamente con amor. * Como pide vuestra vocación.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Mantengan la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz, * Como pide la vocación.

Magnificat, ant.

Hoy el coro de los Ángeles ha introducido a san Felipe en la gloria;
hoy la Reina del cielo
ha mostrado a Jesús a su siervo fiel;
hoy el Rey de reyes ha llamado a su humilde siervo a reinar con él.

PRECES

Peregrinos por los inciertos senderos de la vida, invoquemos a Dios Padre, principio y meta de nuestro camino, y digámosle:

Acompáñanos, Señor, en nuestro caminar.

Padre, fuente y origen de toda unidad, que quieres que trabajemos por la paz y la concordia,
- haz que luchemos con todas nuestras fuerzas para alcanzar la paz y concédenos abrirnos al dialogo con todos los que te buscan.

Padre, tu que en nuestra debilidad muestras el poder del Espíritu
- haz que anunciemos el Evangelio confiando sólo en tu palabra.

Padre, tu que nos has llamado a seguir el mismo estilo de vida que Cristo y su Madre santísima eligieron,
- haz que, como ellos, seamos dóciles a tus designios, llevando cada día nuestra cruz.

Padre, rico en misericordia para con todos los hombres,
- danos el espíritu de reconciliación y de paz, para que no excluyamos a nadie de nuestra caridad.

Se pueden añadir algunas intenciones libres.

Padre, dador de la vida, te encomendamos a los hermanos y hermanas que se entregaron a ti en la familia de los Siervos,
- recíbelos en tu casa y dales la paz eterna.

[Como hermanos y miembros de Cristo, nuestro primogénito y cabeza, oremos juntos con sus mismas palabras:]

Padre nuestro.

La oración conclusiva como en Laudes.